

Luca Costantini

YOLANDA DÍAZ

La seducción del poder

la esfera  de los libros

Índice

1.	EL MIRLO BLANCO	9
2.	LA CHICA DE SANTIAGO	25
3.	GALICIA, KILÓMETRO CERO	41
4.	DOBLE TRAICIÓN	63
5.	ORDENADORES QUE ARDEN	85
6.	LA BÚSQUEDA DE LA BELLEZA	105
7.	MUJER CONTRA MUJER	125
8.	AMISTADES PELIGROSAS	147
9.	EL REY NO QUIERE MORIR	171

Epílogo. Puño de hierro, guante de seda 199

Agradecimientos 213

EL MIRLO BLANCO

Corría el año 2016 y Podemos era la gran novedad de la democracia española. Un grupo de jóvenes irrumpía en las instituciones. Se hacían portadores de la crítica a las élites y la opinión pública se había interesado en ellos. Sobre todo, en los fundadores del movimiento, casi todos de Madrid. Pero habían ignorado a otra dirigente. Es gallega, lo que suele ser garantía de habilidad política y del arte más refinado del poder, que es saber hacer de la necesidad virtud. Se llama Yolanda Díaz y va repitiendo a personas de su confianza: «Ya sabes, soy muy amiga de Pablo, pero él tiene un problema...».

En diciembre del año anterior, Podemos había dado la campanada. Los morados habían afrontado su primer ciclo electoral nacional, e Iglesias, después de una fugaz y poco productiva estancia en Bruselas, había regresado para capita-

near el asalto al poder. Internamente se hablaba del «triple yugoslavo», es decir, meter un tiro de tres puntos cuando faltan pocos segundos para el final del encuentro. Se trata de una jugada de alto riesgo, pero eficaz si se quiere dar un golpe de efecto. E Iglesias es exactamente lo que quiere.

Díaz había entendido rápidamente el significado del desafío de Podemos y quería participar en ello. Pero había un inconveniente. Formalmente pertenecía a otra formación, Izquierda Unida. Aunque gozaba, eso sí, de una amistad muy personal con Iglesias, fundador y rostro visible del partido de los indignados. Decía de él que era un «fenómeno» y que de alguna manera ella lo había descubierto. Para ella, su amigo y los demás dirigentes de Podemos estaban hechos de otra pasta, que era también la suya: querer ganar la batalla política, no la lucha moral.

Karl Marx decía que «La historia ocurre dos veces: la primera vez como una gran tragedia y la segunda como una miserable farsa». Y es plausible que Iglesias pensara en su «amiga» cuando, exactamente cinco años después de aquella incursión en el Congreso, ya por el año 2021, reunidos en una cena de verano, ella le había espetado: «Pablo, voy a lanzar un proceso de escucha». En la versión de los afines a la gallega también le había informado de que no quería siglas ni partidos. Iglesias había guardado silencio, y ella había salido del encuentro exultante.

Nacida en la ría de Ferrol en 1971, Yolanda Díaz había escalado muchos peldaños hasta aquel momento: diputada,

portavoz, ministra y ahora vicepresidenta del Gobierno. Todos, o casi, gracias a Iglesias. Y también debajo del puente de Podemos ha corrido mucha agua mientras tanto. Purgas, rupturas, heridas sentimentales, hasta la entrada en el Gobierno de Pedro Sánchez. Pero justo cuando Iglesias estaba en medio de una redención personal, poco después de la salida del Ejecutivo y en búsqueda de nuevas aventuras profesionales en el ámbito mediático, se veía obligado a encajar el desafío de su protegida.

Del pacto con Sánchez, él que había ejercido de flamante líder de la izquierda reivindicativa y anticasta, no podía presumir mucho. Tal vez unos cuantos ministerios. Entre ellos, el de Igualdad, simbólico para proyectar la figura política de Irene Montero como paladín del nuevo feminismo; y el de Trabajo, necesario para los libros de historia. El sueño era decir que Podemos había revertido la dinámica de la precariedad y de la fuga al exterior de «*la meglio gioventù*» de los españoles. Pero todo estaba ahora a punto de esfumarse porque Yolanda Díaz, su «amiga», que como una Cassandra delante del Caballo de Troya le había avisado del futuro, no solo estaba borrando de un plumazo su legado, sino que entablaba contactos discretos con todos sus antiguos enemigos, empezando por Íñigo Errejón.

El nombre de Yolanda Díaz como posible ministra había rulado a partir de abril de 2019. En ese periodo hasta Iglesias comentaba públicamente que «A Yolanda se le ha puesto cara de ministra». Veía en ella una persona cercana en lo

político y en lo personal. Se conocían desde hacía tiempo, cuando habían compartido militancia y cerveza en las juventudes comunistas. Idealistas, pero no demasiado. Iglesias había alcanzado una popularidad indudablemente mayor. Pero Yolanda Díaz no se quedaba atrás. Era una dirigente con experiencia, experta y con ciertos conocimientos técnicos. Pero era demasiado solitaria, sin un respaldo fuerte de ningún partido. En ese sentido, cumplía a la perfección con el perfil de la dirigente manejable por la dirección. O eso era lo que ingenuamente siempre había pensado Iglesias.

La apodaba «Yolandiña». Y su mujer, Irene Montero, ya número dos del partido, también ponía la mano en el fuego por ella. Díaz contestaba a esa confianza con ataques públicos a Sánchez cuando, por ejemplo, parecía que anteponía a Ciudadanos para sus pactos de gobierno. Había concedido varias entrevistas en las que azuzaba duramente al candidato socialista. «Pedro Sánchez ya no es Pedro Sánchez, está en un proceso de susanización», decía. Y remataba: «Falta de credibilidad».

Durante todo el año 2019 hubo mucha confusión sobre el futuro de Podemos. La posibilidad de llegar a un pacto de gobierno con el PSOE ponía a todos de los nervios. Algunos sectores de la formación empujaban por exigir el Ministerio de Transición Ecológica. Juantxo Uralde, exlíder de Equo, rezaba para que eso ocurriera. Su reflexión era que así desactivaban definitivamente a Errejón y su movimiento para convertirse en el referente verde de España. Pero Díaz,

como es lógico, intentaba convencer a Iglesias de que lo más útil era meter las manos en Trabajo.

Lo hacía a su manera, empleando un arte de seducción centrado en ocultar sus verdaderas intenciones. «He de decir que la única persona que me podría hacer llegar a mí que estaba en una terna sería Iglesias y aprovecho para decir que esto nunca ha pasado. Había una convicción entre todos los medios que lo daban por cierto. Yo misma me he quedado sorprendida, pero tengo claro que cualquiera de las personas que estamos trabajando está preparada para formar parte de un Consejo de Ministros», afirmaba en las entrevistas.

Privadamente no escatimaba los gestos de cariño hacia su mentor: «No pienso ser nada si tú no estás en esto», le escribía. «Te quiero», le respondía él. Empatizaba con él porque el verano de ese año no había sido fácil. La cúpula morada había descubierto que Alberto Garzón, el coordinador federal de IU, estaba hablando en secreto con el PSOE para votar una investidura de Sánchez sin que Podemos entrara en el Ejecutivo. «Gobierno, gobierno, gobierno», era la respuesta de Iglesias. Tras conocer la negociación secreta de Garzón, Díaz había actuado rápidamente. Había roto con su partido y entregado a Iglesias su carné de militante. Es una «decisión personal por discrepancias con la dirección federal de IU», dirían desde su entorno. Aunque el mensaje era claro: había tomado bando por Podemos y confiaba en que se le entregaría a cambio el cargo tan deseado.

Díaz rompía, además, con un *modus operandi* muy suyo. Hasta aquel momento, si detectaba un conflicto interno prefería siempre ponerse de perfil y dejar que pasara la tormenta. La excusa siempre era que a los ciudadanos no les interesan esas rencillas. Lo fundamental era no quemarse y seguir por su camino. Pero ahora era su futuro el que estaba en juego, así que decidió poner todas sus fichas sobre el mismo color.

Tuvo la suerte de que Iglesias lograra su objetivo. Después de las elecciones de noviembre, Iglesias selló un pacto de coalición con Sánchez. Se trataba de dos escuetas hojas de papel acompañadas por las firmas de Sánchez (de gran tamaño y recortada en un acrónimo, PSÁZ) y de Iglesias (en tamaño pequeño, pero subrayada por una línea recta). Por encima de ellas, una premisa: «El PSOE y Unidas Podemos hemos alcanzado un preacuerdo para conformar un Gobierno progresista de coalición que sitúe a España como referente de la protección de los derechos sociales en Europa, tal y como los ciudadanos han decidido en las urnas».

El pacto del abrazo abrió la veda para decidir los equipos ministeriales. Ada Colau exigía una cuota de poder y apuntaba a un departamento cultural. Pablo Echenique, el «soldado» más fiel a Iglesias, tuvo que dar un paso al lado para favorecer a Manuel Castells. La cartera de Igualdad sería para Irene Montero. Pero faltaba otra por ocupar. «Sánchez no aceptará a Enrique Santiago por ser el secretario general del partido comunista», reflexionó Iglesias. El aludido sabía que

era cierto. «Tenemos que buscar una mujer», coincidían. Y, mientras, Garzón protestaba: «¡Falta una cuota de Izquierda Unida!».

Díaz ya había roto su carné como prueba de fidelidad a Iglesias. Su nombre se puso rápidamente sobre la mesa. Pero era cierto que en la coalición de Unidas Podemos debía haber un representante de IU. Garzón, además, conocía demasiadas cosas de Podemos: su funcionamiento interno, los contactos en América Latina, las empresas satélites... Así que Iglesias no podía vetar a ese chico al que antaño había acompañado en coche a los platós de televisión, cuando él parecía predestinado a convertirse en el *enfant prodige* de la izquierda alternativa al PSOE. Viejos tiempos aquellos, debió de pensar mientras negociaba con Sánchez una cartera para el madrileño a cambio de ofrecer a su amiga gallega la joya de la corona: el Ministerio de Trabajo.

Cuenta la leyenda que Díaz recibió la oferta de Iglesias para ocupar el ministerio mientras limpiaba los cristales de su piso de Santiago de Compostela. Acostumbrada a viajar a su ciudad para estar cerca de su familia, la diputada estaba con su marido y su hija cuando sonó el teléfono. Contrariamente a lo que se puede pensar, sin embargo, no saltó de alegría. Reaccionó pidiendo tiempo. Se lo quería pensar. No se trataba en realidad de una duda hamletiana, sino de generar un contexto favorable para otra negociación. El arte de la seducción consiste en lograr lo que uno se propone, pero haciéndolo pasar como una cesión. Solo así el benefi-

ciado queda exento de cualquier tipo de deuda. Díaz sabía lo que estaba haciendo.

Yolanda Díaz había crecido en un entorno muy politizado. Su padre, un histórico sindicalista de Comisiones Obreras, decía que había «mamado» política desde que tenía cuatro años. Así que la futura ministra sabía perfectamente cómo llevar adelante esa negociación. Lo primero que hizo fue supeditar el «sí» a tener un «equipo propio». No era nada baladí para un partido como Podemos, construido en forma de camarilla de Iglesias y Montero. El secretario general de Podemos, que empezaba por aquel entonces su personal pelea con las americanas de vicepresidente, no dudó mucho en dar su visto bueno. Jamás podía pensar que iba a ser el preludio del fin de su partido. Logrado el beneplácito de Iglesias, Díaz descolgó el teléfono para contactar con cuadros sindicales, estrategias políticos y profesores universitarios para que se incorporasen a su departamento.

El primero en aceptar fue Joaquín Pérez Rey, profesor del Trabajo y de la Seguridad Social en la Universidad de Castilla-La Mancha. De formación académica, era un técnico muy cercano a Comisiones Obreras, donde Yolanda Díaz quería establecer un nexo muy directo. Otros perfiles vinculados a Comisiones Obreras y contrarios a la «mochila austriaca» entrarían en ese equipo. El sindicalista gallego Manuel Lago, por ejemplo, se sumará al grupo, aunque no como secretario de Estado, tal y como anhelaba, sino como ayudante técnico.

Estela Pazos y Virginia Uzal, amigas íntimas de Díaz, se mantendrán al lado de la nueva ministra. La primera se encargará de su agenda; la segunda será su escudera en el Congreso y asesora de imagen. Xaime Subiela, Elena Cardezo, Mariña Sánchez y Verónica Martínez Barbero completarán el equipo de altos cargos. Se trataba de una mezcla de antiguos colaboradores y nuevos fichajes, casi todos de procedencia gallega. «No se recuerda nada parecido desde que en el 2009 la cartera de Fomento cayó en manos de Pepe Blanco, el por entonces todopoderoso secretario de Organización del PSOE, que llenó la sede ministerial de trabajadores y empleados gallegos», recogió la prensa regional.

La segunda acción que emprende Díaz es un gesto de cortesía hacia los poderes fácticos de su región natal. Vuelve rápidamente a Galicia y se reúne con catedráticos y directores de periódicos. Habla con Roberto Blanco Valdés, constitucionalista y articulista en *La Voz de Galicia*. Y con el director del *Faro de Vigo*. Quiere adelantarles que se va a convertir en ministra de Trabajo y que pueden contar con su ayuda. Su puerta siempre estará abierta. Pero es un intercambio. Espera un trato de favor en la prensa regional.

Yolanda Díaz tiene un sexto sentido en comprender los ciclos políticos y entiende que, a pesar de la firma de la coalición, el partido morado ha agotado su tiempo. Siguiendo las metáforas de Podemos, todos los triples de Iglesias rebotan contra el aro. Díaz está acostumbrada a no mirar atrás. Forma parte de su perfil. Considera que siempre ha tenido

que sudar para ganarse un sitio. Su historia personal es reveladora. Casi como una *Kill Bill* de la política, cree que su condición de mujer le dificulta escalar. Así que se prepara de inmediato para forjarse un camino propio. Detractores y valedores coinciden en calificarla como una gran trabajadora. Pero también como una hábil seductora. Alguien que acostumbra a quedar bien con quien le interesa, pero solo hasta que le interesa.

La operación de lanzamiento de su figura arranca en el primer día de la nueva etapa como ministra. Es un día frío, 13 de enero de 2020, y Díaz decide convertirlo en toda una declaración de intenciones. Para la ocasión elige un traje color nieve, de elegancia algo demodé, pero muy adecuado para el frío madrileño. Quiere lanzar un mensaje pacificador cuando la socialista Magdalena Valerio le entregue la codiciada cartera. Sabe que el PSOE la había señalado como un problema para los nombramientos del Ejecutivo: «Los empresarios no nos lo perdonarían», habían trasladado a los equipos negociadores. Así que Díaz quiere dar rápidamente una imagen de distensión.

La imagen lo es casi todo en política. Y ella no ha venido a asustar a nadie. No pretende derrocar el sistema. El blanco, el color que elige para esa mañana, lo sacará del armario también para los acuerdos sociales que firmará como ministra. Y ese día quiere que los poderes económicos respiren tranquilos, y de paso desmarcarse ya de la idea belicista de Podemos. Ella no ha venido a confrontar, sino a sumar.

Su objetivo es consolidarse no ya como política, sino como técnica. Considera que la politización excesiva es el talón de Aquiles de Podemos, y que España ya no es el país de la crisis y sus resentimientos.

Los ministros de Podemos que juran el cargo en esa misma mañana de viento frío que sopla de la sierra tienen una máxima marcada a fuego: «Busca la visibilidad, no los papeles». Desde la fundación, protagonistas como Íñigo Errejón, Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero han adiestrado a sus cuadros en que la permanencia en la política pasa por evitar todo lo que es judicialmente recriminable: «Tú no firmes nunca nada. Si llegas al Gobierno, el que sea, elige un cargo con visibilidad, pero no uno que te obligue a firmar papeles. Eso solo puede generar problemas», avisaban. Los futuros concejales de Podemos en muchos ayuntamientos, como el de Madrid, recibieron ese peculiar curso de formación sobre la política y el poder.

Así que cuando Montero, Garzón, Iglesias y hasta Castells entran en el Gobierno de la nación, los ministros de Podemos siguen pensando en esa máxima. Todos, menos una. Es Yolanda Díaz, y es consciente de que, una vez más, deberá lidiar con la soledad. Es una comunista (el carné del PCE es lo único que tiene en el bolsillo), pero quiere presentarse como un mirlo blanco. No tiene un partido detrás, pero sí el ministerio de mayor peso. Quiere construir. Prefiere los «datos» al relato, como repetirá una y otra vez en sus intervenciones congresuales. Y deberá firmar papeles pa-

ra ascender. Su arma no serán las redes sociales o los exabruptos en los medios, sino el bolígrafo.

El 22 de enero, nada más arrancar la legislatura, estrena su nueva estrategia. La ministra «pactista» reúne alrededor de una mesa semicircular de madera, bajo las banderas de España y la UE, a los representantes de los sindicatos y las patronales CEOE y CEPYME. Quiere anunciar la subida del salario mínimo a 950 euros con todos los honores. Califica el acuerdo como «el primer gran acuerdo social de la legislatura», que marcará el inicio de una senda de «diálogo con mayúsculas, codo con codo con todos los agentes sociales». Es un gran éxito, el primer movimiento en el nuevo tablero político. Acude a foros económicos y sociales y promete luchar contra la precariedad, pero siempre bajo el «diálogo social». La palabra «diálogo» se convierte en el *leitmotiv* de su discurso, a la vez que los principales diarios y canales de televisión empiezan a ensalzar su figura.

La imagen de buena gestora choca rápidamente con la de Pablo Iglesias. El líder de Podemos, con una vicepresidencia tan redundante como inútil por sus escasas competencias, se centra, en cambio, en llevar la contraria a Sánchez. Quiere medir hasta dónde puede llegar. Con las primeras protestas de los transportistas, por ejemplo, se hace intérprete del malestar para no perder su papel de luchador por los débiles. Después, acusa al ministro de Justicia Juan Carlos Campo de ser un machista por no querer acatar la nueva ley

que prepara el Ministerio de Igualdad sobre el consentimiento en las relaciones sexuales.

Díaz, mientras tanto, calla. Por cada protesta o gesto conflictivo de Iglesias, la prensa exalta el talante pacificador de la gallega. Así que esa estrategia empieza a entrar en las charlas en las altas esferas de Podemos. «Ten cuidado con ella, es del PCE, no de Podemos», murmura Juan Carlos Monedero. Irene Montero también tuerce el gesto. Si bien, por otro lado, ordena a sus colaboradores que compren faldas y ropa elegante «al estilo Yolanda».

Iglesias llevaba años trabajando con Monedero. Habían compartido casi siempre trinchera. Y habían discrepado, como es lógico. Pero se consideraban amigos. Uno protegía al otro en los momentos más oscuros. Su alianza se remontaba a los viajes a América Latina, a la Universidad Complutense y las reuniones en la sierra madrileña, entre Ávila y Segovia, donde se gestó el embrión del partido de los indignados. Castilla y León no es una región cualquiera para ese marco simbólico. En Valsaín, un pueblo al que se llega tras superar el pico de Navacerrada, unos jóvenes profesores de la Complutense se reunían para charlar de política y series de televisión, siempre acompañados por cerveza y cigarrillos. El municipio está formado por unas pequeñas calles que bordean los únicos dos lugares de interés de la zona. Son el restaurante argentino (de calidad cuestionable, pero sobresaliente por cantidad), y el hotel rural El Jardín de Hilaria, un espacio muy interesante para relajarse, con

vistas al pequeño río y los caballos salvajes que beben de su fuente.

Todos los fundadores de Podemos habían pasado por ese pueblo y esas reuniones. Con los años, Iglesias y Monedero se habían convertido en una verdadera pesadilla para el PSOE. Habían querido enmendar toda la historia socialista desde la Transición, alimentando el discurso de la presunta traición a la izquierda. No era nada nuevo en ese segmento político, pero esta vez, gracias a la crisis financiera y el malestar ciudadano, había cuajado. Con la entrada en las instituciones, sin embargo, todo se había torcido. Al explotar el choque interno, Podemos había bajado y bajado en los sondeos. Hasta que Iglesias había modificado su táctica y luchado con ahínco para llegar a una coalición con los viejos enemigos, los socialistas. «La mejor dieta para un político es comerse sus propias palabras», que diría Winston Churchill. Máxime si, como en el caso de Iglesias, en tan solo un lustro tienes a decenas y decenas de enemigos internos y externos deseosos de bailar sobre tu tumba política.

Pero Iglesias se resistía a escuchar las palabras de su consejero. Hasta aquel momento, en Podemos habían mandado los liderazgos masculinos. Y él quería jugar la carta del feminismo para afianzar un cambio en la continuidad. Ceder el partido a su número dos, además de mujer y madre de sus hijos, en el marco de una transición atada y bien atada, siempre y cuando Yolanda Díaz actuara según lo debido.

La decisión de proponerla como ministra la habían tomado dos hombres. Habían sido Iglesias y Enrique Santiago, el secretario general del Partido Comunista de España, quienes buscaban a una mujer para equilibrar los cargos en el nuevo Ejecutivo. Formaba parte de una operación conocida internamente como Ruleta Rusa y que se sustanciaba en llegar a una coalición con Sánchez o «morir» políticamente. Después de tanta guerra interna y desgaste, Podemos y el PCE entendían que había llegado el momento de ocupar cargos institucionales. Yolanda Díaz coincidía firmemente con ellos. Así que ella, una mujer nacida en Fene, un pueblo en la ría gallega de Ferrol, bañada por las fragatas del ejército español y los astilleros, había alcanzado el ministerio más importante controlado por Podemos.

Díaz tenía una ventaja: se había adelantado a todos. Desde hacía años la habían subestimado. Y, mientras tanto, la sociedad española había cambiado. O eso, por lo menos, es lo que decía su intuición. Uno de los estrategas que estuvo durante años en la sala de máquinas de Podemos lo recuerda así: «Para nosotros siempre fue una chica, por así decir, limitada». Todos habían interpretado que era una dirigente débil y que nadie apostararía por ella. Sin embargo, había llegado el «momento Yolanda». Los sondeos lo iban certificando: rápidamente se convertiría en una de las ministras mejor valoradas. Hasta llamar la atención del estratega de Sánchez, Iván Redondo, que de ella dirá en los grupos de la Moncloa: «Es la que más trabaja».

Para alcanzar un objetivo político hace falta trabajo y mucha suerte, diría Maquiavelo. Pero Yolanda Díaz está acostumbrada a la lucha en solitario. Y tiene un método: la clave es escalar posiciones ocultando siempre su verdadero fin. La vida es un laberinto. Pero a diferencia de Teseo, Díaz emprende su lucha contra el minotauro sin atarse a un hilo. La suya es una conquista fomentada sobre la paciencia y el cálculo, lejos de la testosterona y también de los códigos de lealtad que, de alguna manera, el líder de los indignados había heredado del barrio y sus calles.

Aunque, como él, busca el éxito sin temblores ni miramientos. Y la salida del laberinto que Yolanda Díaz considera como su gran apuesta de futuro se resume en una frase: «España dentro de poco va a necesitar a una presidenta, esa quiero ser yo».